MUJERES FUERTES:

RELATOS TESTIMONIALES DE ARGENTINA, MÉXICO, PARAGUAY, PERÚ Y URUGUAY

Malínc

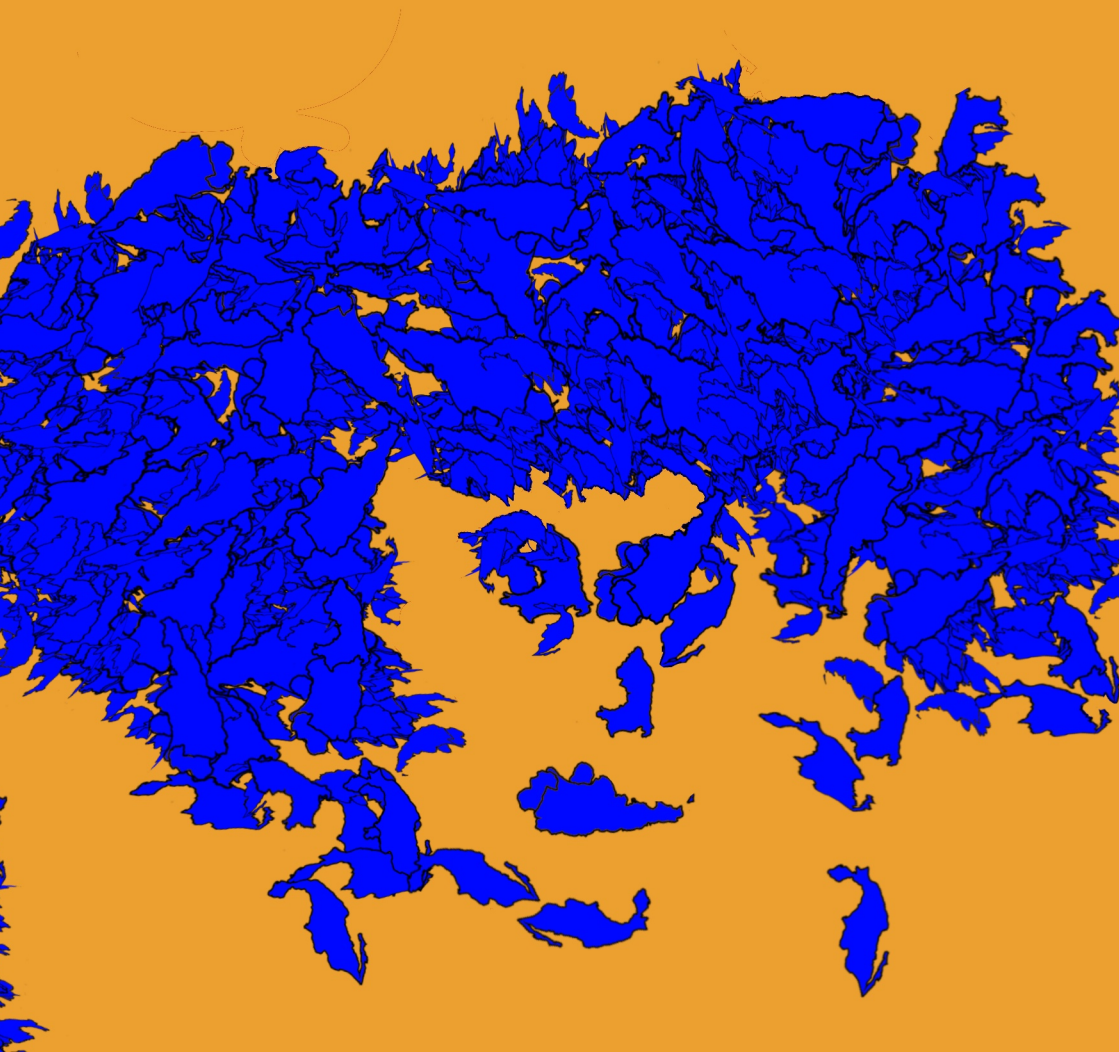
CIENLEE

MUJERES FUERTES:

RELATOS TESTIMONIALES DE ARGENTINA, MÉXICO, PARAGUAY, PERÚ Y URUGUAY

Malínc

CIENLEE



BREDA SMOLNIKAR: UN PUENTE HACIA *MUJERES FUERTES*

La literatura eslovena ha sido testigo de la emergencia de voces que han trascendido los límites de su tiempo y espacio, configurando un corpus narrativo de notable riqueza. Entre ellas, Breda Smolnikar, se erige como una de las escritoras más singulares, una autora cuya obra redefine la mirada sobre la historia y la condición femenina en contextos adversos. A través de su personaje, Smolnikar nos invita a adentrarnos en una sociedad desconocida, sacudida por la guerra, donde la voz de las mujeres resuena con fuerza, desafiando el olvido y la opresión.

Cuando allí arriba los abedules reverdecen no sólo traza un testimonio de la lucha femenina, sino que nos enfrenta a una reflexión profunda sobre la resiliencia. En su periplo, Rozina y las mujeres que la acompañan encarnan la capacidad de sobreponerse a la tragedia, de lidiar con la pérdida y de encontrar refugio en su propia fortaleza. En un entorno hostil, donde el tiempo avanza con la urgencia de lo irremediable, la voluntad de seguir adelante se convierte en el mayor acto de resistencia. La risa, ese gesto subversivo ante el sufrimiento es para

Rozina una compañera inseparable: «Le gustaba mucho reírse en todos esos años a este y al otro lado del océano […]».

Con una prosa plena y envolvente, Smolnikar no sólo reconstruye una epopeya del siglo XX sino que fija en la memoria colectiva aquellos tiempos pretéritos cuya relevancia pervive en el presente. Su estructura trasciende la experiencia individual y abre caminos para que las mujeres de todos los continentes den voz a sus propias historias, tejiendo un relato compartido que amplifica el eco del universo femenino. *Cuando allí arriba los abedules reverdecen* más que un ejercicio literario, es un acto de afirmación, un espacio donde la literatura se convierte en testimonio, resistencia y, sobre todo, esperanza.

La autora eslovena trasciende fronteras, erigiendo *puentes* que permiten resonar las voces de aquellas que, en diversos recodos del orbe, han forjado su existencia a modo de resistencia frente a preceptos dogmáticos. Este primer compendio, titulado *Mujeres Fuertes*, constituye la continuidad del arduo camino emprendido por la entidad femenina, reconociendo el valor intrínseco de resurgir cada jornada desde las *cenizas*, y dedicarse al elevado oficio de derribar las barreras impuestas, tanto de manera explícita como velada, por estructuras violentas, silenciosas y opresoras.

A través de la lectura de *Cuando allí los abedules reverdecen* se han hecho eco relatos provenientes de múltiples rincones de América Latina, en los que se plasma la experiencia de mujeres y hombres al dar vida a testimonios de resiliencia frente a desafíos de índole social, económica, geográfica y cultural. Dichas narraciones recogen la lucha incansable de la mujer, quien, incluso en escenarios marcados por la guerra y la ausencia de memoria —un estado que impide la posibilidad de reponerse ante la adversidad—, se establece como símbolo de perseverancia al sobreponerse a las imposiciones y discursos dominan-

tes, tradicionalmente atribuidos a la autoridad masculina.

Mujeres Fuertes da lugar a una continuidad argumentativa que reconoce y celebra la capacidad innata de la feminidad para reinventarse en contextos adversos. En este compendio, constituido por cinco relatos fruto de la convocatoria Cienlee-Malinc, publicada en julio de 2024, se reunieron autoras y autores de Argentina, México, Paraguay, Perú y Uruguay. En la edición inaugural, destinada al público adulto, cincuenta y siete escritores participaron en la convocatoria, de los cuales un jurado especializado en lengua y literatura seleccionó de manera unánime narraciones que evidencian la tenacidad de quienes han enfrentado y superado barreras históricas.

Este corpus no solo ilumina la trayectoria de mujeres abnegadas y valerosas, sino que también se configura como un testimonio del enfrentamiento continuo contra el olvido. Los relatos, articulados desde perspectivas tanto femeninas como masculinas, ofrecen una visión plural y enriquecedora que amplifica experiencias vitales, subrayando la capacidad de cuidar de sí y del otro y la fortaleza inherente a quienes han desafiado los límites impuestos por convenciones y estructuras restrictivas.

En definitiva, *Mujeres Fuertes* se instituye como un testimonio cultural de inestimable valor, reafirmando el papel crucial de la mujer en la construcción de una memoria colectiva capaz de contrarrestar la marginación y el silenciamiento histórico.

Desde Cienlee y Malinc, expresamos nuestro agradecimiento por el interés manifestado y reiteramos el anhelo de recibir nuevos relatos sobre la experiencia femenina en las próximas ediciones.

Jacqueline Oliver y Barbara Pregelj

PAULA ROMANI (ARGENTINA)

NENA

Cada vez que pienso en Nena recuerdo la última vez que la vi. Intento no hacerlo, sé que no le gustaría haber permanecido en mi memoria de ese modo, pero no puedo evitarlo. Es lo primero que aparece en mi cabeza. Nena estaba en su cama, luchando contra algo. Nosotros estábamos parados a su alrededor, sin saber cómo ayudarla, con las piernas temblorosas porque nos dábamos cuenta de que quizás ya no había nada más que hacer. La escuchábamos susurrar palabras, pero no encontrábamos la manera de que tuvieran sentido. No nos miraba y ni siquiera sé si sabía que estábamos ahí. Pero no podíamos dejarla sola, a la pobre Nena, no hasta que su mamá, de una buena vez, viniera a buscarla.

Hacía años que pedía por su madre. Cuando notaba que su insistencia nos incomodaba, nos rogaba con la mirada. Quería volver a su casa porque temía que su mamá se enojara mientras nosotros insistíamos en dejarla en ese lugar desconocido. Cuánta maldad. En algún momento de esa noche Nena encontró el sosiego. Quiero creer que sintió una mano cálida sobre su hombro, que se dio la vuelta y que vio el rostro amoroso de Mamá, quien llegaba para abrazar a su hijita, a la que tanto había extrañado. Entonces se fundieron en un ansiado abrazo y, por fin, mi abuela Nena descansó en paz.

Hay quienes dicen que los nombres determinan las vidas de las personas. Algunos nombres están destinados al reconocimiento

y otros condenan a su portador a perderse y desaparecer entre las grietas de la Gran Historia. Mi abuela tenía un apodo que la relegaba a seguir siendo "chiquita" incluso a los noventa años y, en cierta forma, muchos habrían dicho que no era la gran cosa. Dirían que fue una ama de casa más del montón. Si alguien se atreviera a decir eso, yo me levantaría de mi silla imaginaria, me pararía frente a su rostro hasta que nuestros ojos estuvieran al mismo nivel y le preguntaría a ese hombre – no tengo dudas, siempre son hombres – si realmente conocía las vidas de cada una de las amas de casa que existieron en el mundo como para afirmar que su dedicación las hacía intrascendentes. Entonces emprendería un viaje a través del tiempo y del espacio para preguntarle a cada una de ellas, en el presente y el pasado, qué pasaba por sus mentes mientras preparaban el almuerzo, recogían a los niños, y trataban de hacer rendir las ropas y las monedas.

Cuando mi abuela Nena comenzó a abandonar el presente empezó a habitar en el pasado. Allí, se abrieron las compuertas y aparecieron recuerdos y presencias sobre las que nunca me había hablado. Había un chico del que estaba muy enamorada. Extrañaba bailar con él. Recordaba las fiestas a las que asistió durante unas vacaciones en Santa Fe, a bordo de una balsa que surcaba el río Paraná. Se sentía como una princesa mientras él la hacía girar por la pista. En esa noche de verano, con la orquesta animada, la vida parecía ligera, sencilla y hermosa, aunque hacía mucho que no lo era. Ese chico no era mi abuelo, cuyo nombre se desvaneció en los primeros días del Alzheimer.

Es cierto que sus tribulaciones no comenzaron de inmediato, porque al principio la vida de Nena fue lujosa y relajada. Su madre, de ascendencia francesa –como le gustaba resaltar– había estudiado para ser maestra, pero, por suerte, antes de tener que ejercer, contrajo unas auspiciosas nupcias con el bisnieto del fundador de un pueblo serrano de Córdoba. La ascendencia del padre parecía menos relevante y nunca era mencionada, quizás porque se sospechaba la existencia de sangre indígena en sus venas. Lo compensaba siendo parte de una estirpe política que había digitado parte de los destinos de la provincia. El nacimiento de Nena fue el puntapié inicial de una familia con tres niños y tres niñas, perfectamente intercalados entre sí. La mamá preparaba dulces y conservas junto a las empleadas, mientras el papá se ocupaba de los asuntos del campo y la política local. Todo marchó a ese ritmo, sereno y próspero, hasta que su papá decidió dormir en el granero un par de años antes de que la penicilina llegara al país.

Nunca supe con certeza cuál fue la enfermedad que lo mató antes de cumplir cuarenta años. Pero sí sé, porque mi abuela, incluso en su vejez, no podía dejar de darle vueltas a la tragedia, que habría sido perfectamente evitable de haber ocurrido un par de años más tarde. Desde entonces, a sus trece años, comenzó a mirar el mundo a través del lente de la nostalgia. El pasado glorioso había durado demasiado poco, y ya nada volvería ser idílico como en el reino de su infancia, antes de que el azar más estúpido decidiera llevarse a su padre.

La ausencia del padre marcó el comienzo de la pobreza. En Nena se notaba que le dolía la amargura de la miseria porque había experimentado el sabor la abundancia. Durante toda su vida la vi tratar de emular los lujos que nunca más pudo volver a alcanzar: compraba objetos que parecían de oro, pero que no lo eran, y vajillas ostentosas, pero made in China. Su familia se vio obligada a dejar atrás su hogar porque las deudas eran demasiadas. La vida del agricultor está marcada por ciclos de endeudamiento, que se terminan en cuanto se logra vender la cosecha. Su padre no llegó a esta segunda etapa. También contribuyeron los abogados inescrupulosos y los familiares hambrientos por las sobras a las que creían tener derecho.

La viuda y los seis hijos tuvieron que valerse por sí mismos. El hermano mayor y la hermana mayor, Nena, se formaron lo justo y necesario como para poder ayudar a proveer a la familia. A sus quince años, mi abuela, que amaba escribir poemas y practicar caligrafía, tuvo que abandonar sus estudios. Su llanto amargo era algo que recordaba a menudo, incluso cuando su mente aún estaba entre nosotros, y también tenía presente el momento en que cedió. No quería hacerlo, pero debía velar por el bienestar de sus hermanos menores. Sacrificio fue una palabra recurrente en su vida. La habían obligado –¿su madre?, ¿las circunstancias?– a dejarse de lado por los demás, a nunca priorizarse y, para compensar, la habían convencido de que eso la convertía en una santa.

Ella recordaba con orgullo lo que había dejado de hacer y cómo, gracias a ello, sus hermanitos lograron tener profesiones. Pero también resentía cuando ellos pretendían conocer más sobre el mundo, remarcándoles que le debían algo y que no lo olvidaran. Antes de terminar de conocerla, es decir, antes de que se fuera, esa actitud me sorprendía y enojaba. Pensaba –sin haber vivido demasiado– que si hacías algo después no tenías porqué andar reclamando pleitesías. Al fin y al cabo, había sido tu elección, nadie te lo había pedido. Luego el velo cayó y comprendí mejor a qué se refería.

Su trabajo la hacía sentir valiosa. Era contadora en una empresa importante, aunque no era remunerada como tal debido a una combinación hecha para la derrota: no tenía estudios formales y era mujer. Sus memorias más vívidas en el medio de las tinieblas la encontraban trepándose a los tranvías, llegando a su puesto y recibiendo elogios de sus compañeros de trabajo. Cuando la iba a visitar y le hablaba del aumento de la tarifa de los colectivos, ella compartía sus anécdotas del tranvía, como si fueran historias contemporáneas. Cuando apareció mi abuelo, luego de un breve cortejo y de la aprobación de su mamá, él decidió que ya no era necesario que ella trabajara. Quizás sí era, aun en los años cincuenta, una actitud machista, pero también era lo habitual y lo esperado entre ciertas mujeres. Ahora podría darse el lujo de no tener que cumplir un horario fijo y poder quedarse en casa atendiendo las necesidades de los dos hijos que pronto llegarían.

La historia de su vida me llegó de forma fragmentada. A través de lo que nos contaba cuando éramos pequeñas, en esos momentos confesionales que compartíamos durante la siesta, cuando daba rienda suelta a sus rencores y a sus "qué hubiera pasado sí". Su esposo no le permitía manejar las finanzas del hogar, pese a que había probado que podía manejar las de una empresa. Como resultado, perdieron una casa y comenzaron una serie de mudanzas que cada vez le rompían un poco más el corazón, porque parecían no tener fin. La búsqueda de dinero se hacía de manera furtiva, persiguiendo los billetes que caían de los desprolijos bolsillos de mi abuelo, o – directamente – escarbando en los pantalones mientras él dormía.

Nena nunca abandonó sus fantasías y anhelos de ser poetisa. Nos recitaba versos de memoria y escondía entre las páginas de los libros hojas sueltas con poemas de prolija caligrafía. En el discreto calor de su hogar sencillo, nos enseñaba que estaba conforme con su vida, pero insinuaba que quizás podría haber sido diferente.

Mientras me despedía de mi abuela me di cuenta de que las frustraciones nunca frenaron su vitalidad. Fue amante de las plantas, de los gatos, de la costura, de la pintura, de sus nietas y de sus hijos, en los tiempos que le quedaban entre sus quehaceres rutinarios. Era una mujer extremadamente generosa y muy querida en su vecindario. Sin embargo, solo en sus últimos días, en ese ensueño acogedor de una muerte que parecía casi oportuna, comprendí todo lo que guardaba en su alma. Entendí que, además de ser una Nena y una abuela, había sido una mujer. Y que solo por eso, en la vida, le había tocado perder demasiadas veces. Pero que

también, precisamente por eso, dio tanto amor y pobló el mundo con tantas flores que, desde lejos, nadie lo habría sospechado.

Paula Andrea Romani nació en 1991 en la ciudad de Córdoba, Argentina, donde aún reside. Es profesora de Historia, graduada en 2015 de la Universidad Nacional de Córdoba, y se desempeña como docente en el nivel secundario. Ha realizado estudios de posgrado enfocados en familias, vida cotidiana y clase obrera, áreas en las que ha publicado artículos académicos. Actualmente estudia Bibliotecología. Desde muy joven, ha cultivado un profundo interés por la lectura, la escritura y curiosidad por la historia de las "vidas mínimas".

BALTASAR CORDERO TAMEZ (MÉXICO)

RESILIENCIA DE MUJER

Don Chema Villaseñor salió muy temprano a buscar el periódico de la ciudad fronteriza de México. A sus ochenta años todavía se le era permitido manejar en la ciudad texana de Brownsville donde vivía solo.

Hacía cinco años que había enviudado de Lolita su segunda esposa a quien nunca le contó de la primera experiencia por el detalle de su fertilidad. Su masculinidad no iba a ser discutida nuevamente.

Sin embargo con el paso de los años, y ante el disfuncionamiento de su esterilidad pudo convencer a su pareja de adoptar un bebe y por fin pudo ejercer su papel de padre

Era bien querido, había sido un buen padre y abuelo. Y su nieto se interesaba mucho en las historias del pasado que siempre le contaba, sobre todo de sus tiempos mozos, en el Ejido Revolución, de la ciudad vecina en México donde había nacido y crecido.

Le llamó la atención la fotografía de la primera página de Sociales: "La Sra. Soledad Miraflores cumplió setenta y cinco años de edad y fue festejada por su cumpleaños".

Le dio un vuelco el corazón. Efectivamente era ella, una anciana que le trajo el mejor recuerdo que siempre había tenido y por la cual nunca había podido dormir en paz. Como una película, desfilaron a su mente escenas que no había podido olvidar nunca.

Desde el año de 1933, cuando solo contaba con diecinueve años de edad. Y ella solamente catorce.

Soledad era la chica más bonita del Ejido y recién había sido designada la reina del lugar para las fiestas patronales. Se le iban los ojos cada vez que la veía. Su padre se dio cuenta de la atracción que la chica ejercía sobre el retoño y presto acudió a solicitar en matrimonio a la bella joven, era una costumbre, era ley que los padres en esa época, en ese lugar decidieran la suerte de las chicas escogidas para matrimoniarse con quien las deseara.

- Te vas a casar con el hijo del Señor, m'ija, la boda será en dos meses más- le habían dicho a Soledad.

Ella tenía que obedecer, así eran las reglas, Los días siguientes pasaron veloces y la fiesta se celebró a toda pompa, Pasaron las semanas, los meses. Todos esperaban el anuncio de la maternidad de la joven.

Sin embargo, el bebé no llegaba y la joven empezó a ser objeto de maltratos y desaires dentro de la casa del esposo.

- Ni modo m'ijo, tienes que regresarla, le habían ordenado, - no puedes seguir con una hembra que no puede darte hijos-.

- Pero padre, es que yo sí la quiero-

- Eso no importa m'ijo, tienes que regresarla, esa mujer no te sirve para nada-

Y Soledad Miraflores fue repudiada por no poder darle hijos al hijo del Señor Villaseñor.

Con el orgullo en alto, y escondiendo el corazón, José María llevó de regreso a Soledad a su casa familiar. Esa era la costumbre.

El divorcio se tramitaría a la mayor brevedad posible. La vergüenza de la familia fue insoportable, sin embargo, la comunidad de vecinos no veía mal esa decisión.

Chema partió a los Estados Unidos y Soledad no volvió a saber de él en mucho tiempo.

Cuatro años después, Soledad por su parte encontró un nuevo amor, sin embargo, dado que el divorcio aun no estaba concluido no se pudo casar. Había que esperar a los trámites legales., por lo que decidió irse a vivir con él en concubinato.

Eso había sido en 1937. Con la llegada del nuevo siglo alguna vez Chema había pensado volver a buscarla, pero su conciencia no le permitía hacerlo.

Ahora que estaba solo y al ver en el diario dominical la fotografía de la primera mujer con la que vivió dos años de un gran amor, ordenado por una tradición patriarcal le había removido todo el gusto y la admiración que siempre sintió por la chica más bella del Ejido Revolución, en la etapa de su juventud. Nunca se había

resignado, pero la vida pasa y el rumbo de ambos giró en la dirección destinada.

Ahora en el año 2001, la foto del periódico le hizo derramar una lágrima mientras leía el resto de la nota sobre la mujer que él había repudiado en tiempos bárbaros, por estéril.

"La gentil abogada Soledad Miraflores viuda de Gómez fue festejada en su aniversario de nacimiento por sus dieciocho hijos y treinta y cinco nietos ".

Chema dobló el periódico y se dirigió a su coche para regresar a Brownsville. Ya no quiso ir a tomar café con los amigos como acostumbraba. Su pasada cobardía y la resiliencia adelantada a su época de la mujer de su vida, le había dejado la mejor lección de su vida.

Baltazar Cordero Tamez es Ingeniero químico de profesión, presidente de círculos literarios y fundador del Ateneo José Arrese en Matamoros, Tamaulipas, Mexico. Ganador de premios literarios en poesía y narrativa desde 1987, además de un premio estatal de periodismo por Artículo de fondo. Comparte en revistas y antologías poemas y cuentos con escritores de todo el mundo. Publico 12 libros de poesía y narrativa y asistió a encuentros de Escritores en México y Texas. Su más reciente poemario, *La Musa* se presentó en Zitacuaro, Michoacan, en Octubre de 2024.

SOFÍA RAQUEL FERNÁNDEZ CASABLANCA (PARAGUAY)

LA MORENA

Juana y Engracia caminaban en silencio, arrastrando sus pies roñosos y agrietados. Del cansancio, la rabia y la vergüenza no despegaban la vista del suelo. — La angustia de la deshonra les servía de brújula—.

Durante el quinquenio que duró la Guerra Grande en Paraguay (1865-1870), habían antepuesto siempre el bienestar de los miembros del ejército de López y por esa razón estaban acostumbradas a todo tipo de privaciones. Comer era un lujo que no siempre se podían dar, habían aprendido a engañar al estómago con diversas raíces y frutos silvestres que encontraban en los bosques.

Madre e hija siguieron caminando con temerosa prisa. Ya no pertenecían a ningún grupo que pudiera darles cierta seguridad. Todos sus conocidos habían muerto o caído prisioneros de aquellos odiosos invasores.

Les consolaba saber que no tenían nada que reclamarse a sí mismas, se habían entregado en cuerpo y alma a la defensa del suelo patrio al lado del ejército.— Nadie nunca podría señalarlas —.

Cuando aún estaban junto a otras mujeres, destinadas a volver a sus pagos, escucharon hablar de un lugar llamado “La Morena”, donde algunas, como ellas, violadas por los malditos kambá, acudían a despeñarse.

Todas— en un acuerdo tácito— creían que era mucho mejor

auto eliminarse, que cargar con un hijo fruto de la ignominia. Pensar que el hijo de un kambá nacería en suelo paraguayo, les parecía peor que inmolar sus vidas para preservar la raza.

Las mujeres habían seguido a las tropas con abnegación, pero cuando sus hombres fueron abatidos, a ellas les tocó en suerte sufrir los embates de la violenta lujuria de la soldadesca vencedora.

Algunas compañeras de infortunio se habían golpeado el vientre con una piedra para abortar, otras, se habían introducido en sus partes íntimas, algunos tallos de plantas con propiedades especiales, o simples ramas de árboles, en su desesperación. — De estas prácticas, no todas alcanzaron el objetivo final: perder el hijo de los despiadados invasores —.

Juana y Engracia sabían que nadie las esperaba en Asunción, la pequeña familia conformada por padre, madre e hija quedó definitivamente desmembrada, muerto el esposo y progenitor en una de las últimas contiendas.

Luego del largo y tortuoso peregrinar, por fin llegaron al anhelado destino que acabaría con sus ya miserables existencias. La leve brisa les peinaba los largos desaliñados cabellos.

—El peso del infortunio las había dejado sin palabras— . La desolación era tal, que se les hacía imposible apreciar la magnitud de los saltos de agua, la exuberante vegetación y la belleza del paraje. La luz del sol las encandilaba, impidiéndoles ver el azul del cielo antes amado y admirado. A estas alturas, les era ya completamente indiferente.

Como enajenadas, ignorando de donde les venía la fuerza, avanzaron con la frente levemente erguida hacia el peñasco.

Juana y Engracia se tomaron de las manos en silencio, observaron la profunda fosa, que asemejaba a la garganta de un monstruo gigante. Se miraron, asintieron y al mismo tiempo se lanzaron al vacío.

Sofía Raquel Fernández Casablanca (Asunción, Paraguay, 1964). Notaria y Escribana Pública, Abogada y Mediadora; Egresada de la Academia Diplomática y Consular del Ministerio de Relaciones Exteriores. Miembro de Escritoras Paraguayas Asociadas, de la Sociedad de Escritores del Paraguay, del PEN Club del Paraguay y de CIFFATE. Se inició en la escritura en 2018, participando desde entonces de varios Talleres Literarios, entre ellos: el del Club Centenario, de la Escuela Colofón, de la Universidad Iberoamericana, de la Escuela de Escritores de España, y actualmente cursando el segundo año de la Escuela de Artes Literarias Josefina Pla del Instituto Superior de Bellas Artes. Autora de: *La Caja de Latón*, *El sobre azul de rafia*, *Las madres de Antonella*, *Concebida en la clandestinidad*, *Primavera Gris*, *Velvet y otros cuentos*, *Abrazo*, *Las chicas del Gym* y *La primera estrella y otros poemas*. Ha participado de numerosos libros colectivos, nacionales e internacionales. Sus libros se encuentran en diversas plataformas digitales.

HAROL GASTELÚ PALOMINO (PERÚ)

MARÍA PALOMINO CERAS

A la memoria de mi madre

María Palomino Ceras nació el 28 de febrero de 1936 en el distrito de Chincho, provincia de Angaraes, departamento de Huancavelica, Perú. Fue la hija mayor de la pareja conformada por don Julián Palomino y doña Felicitas Ceras. Como hija mayor, desde pequeña tuvo que ayudar a sus padres en las labores propias de vivir en el campo. María recordaba que a su madre le gustaba cocinar con leña de guarango, y guarango tenía que ir a buscar a la orilla del río que cruzaba su pueblo. También recordaba que con su padre iban a los pueblitos de las alturas a hacer trueque de productos. Ellos llevaban maíz, alverjas, frijoles, carne seca de chivo y una semana después regresaban con los burros cargados de papa, chuño y sal.

La vida de María transcurría apacible en contacto con la naturaleza hasta que, más o menos a sus veinte años, su amiga Lucila Borda le propuso ir a Lima en busca de un futuro mejor. "Allá podrás trabajar y ganar dinero para ayudar a tu familia", le dijo Lucila. La mamá de María se opuso aduciendo que su padre no tendría quién le ayudase en la chacra, pero don Julián le dijo "Vaya nomás, hija. Toda la vida no vas a estar en el campo. En Lima estarás mejor". Tuvieron que vender unos cuantos chivos para el pasaje de María.

María no pudo aprender a leer y escribir pues las labores del campo no le dieron tiempo de asistir con regularidad al colegio. En esos años la educación de las mujeres no tenía mucha importancia en el campo. Apenas hablaba castellano, pero eso no fue obstáculo para que consiguiera trabajo como sirvienta en casa de una amiga de la patrona de Lucila. Al principio tenía miedo de la ciudad, a esa multitud de personas que vestían y hablaban distinto a ella. Hasta temía el ruido de los aviones que despegaban del cercano aeropuerto de Limatambo.

Su siguiente trabajo fue donde unos japoneses en Santa Clara. Aprendió algunas palabras en japonés que intentó enseñar sin éxito a sus hijos.

Los fines de semana María iba a Vitarte a casa de una paisana donde solían reunirse los chinchinos emigrados a la capital. Allí conoció a Juan de Dios que, con el tiempo, sería su esposo.

Más o menos para 1960 empezaron a convivir. Para 1961 ya esperaban a su primer hijo, quien nació en febrero de ese año. Lamentablemente Juan Ignacio falleció en setiembre de ese mismo año dejando un hondo dolor en los corazones de sus padres. Recién dos años después tuvieron a Carolina. En total llegaron a tener seis hijos vivos y tres fallecidos.

En 1980 empezó la época de violencia política en el Perú. Justo ese año María y su familia viajaron a Huancavelica a visitar a los suyos. Estuvieron un par de semanas disfrutando de la paz que aún se respiraba en esos lugares. Se despidieron prometiendo regresar pronto, pero no sabían que tendrían que esperar cerca de dos décadas para hacerlo. Para entonces, la familia de María casi había sido diezmada tanto por los insurgentes como por los representantes del Estado. María sufrió bastante por esas pérdidas.

María trabajó toda su vida, casi siempre como empleada del hogar por su condición de iletrada. “Si tuviera estudios dónde estaría ahora”, solía decirles a sus hijos. Es por ello que la pareja hizo grandes esfuerzos para que todos sus hijos tuviesen estudios superiores. Algunos llegaron a ser docentes, enfermeras. Los hijos de estos son abogados, ingenieros, también docentes. María hubiese estado contenta por los logros de sus hijos y nietos, lamentablemente falleció el 22 de julio del 2005 a la edad de sesentainueve años. Puede decirse que cumplió como hija, esposa y madre.

Harol Gerzon Gastelú Palomino. Huancavelica, Perú, 1968. Licenciado en Música y Literatura por la Universidad Nacional de Educación. Premio Horacio de la Derrama Magisterial en cuento y novela. Autor de los libros *Historias urbanas*, *Cadena perpetua*, *Viaje al corazón de la guerra*, *La rosa negra*, *La piscina*, *El castillo olvidado*, *Los pasos en la escalera*, *El secretario del Libertador*, *Tú que miras el mar*, *Vacaciones de verano* y *El abuelo*.

GABRIELA FERREZ (URUGUAY)

COMO LA PRIMAVERA

Aquella tarde sentía cómo me liberaba en el viaje de regreso de aquellas herropeas invisibles pero tan insoportablemente vívidas. Sangre y raspones en mis tobillos habían dejado...

Traté de olvidar el olor, el espacio, el lugar y las personas. Así y todo, algunos jirones de memoria a veces despertaban con algún gesto, alguna actitud y alguna cosa que me provocaban un profundo rechazo. Aquella mujer que se conocía por su benevolente actitud con las muchachas, incapaz de asumir que había elegido semejante ejemplar de pareja, no dimensionaba la crueldad de sus equivocadas decisiones. Ella acogía a los desdichados herederos sin tierra de los pueblos olvidados, para brindarles una oportunidad de "merecer su vida", tal el significado de "ganarse la vida". Pero castigaba a la víctima porque no podía pararse en el lugar del verdugo de lo que había sido su elección de pareja.

"Muchachas". Como si la seriedad forzosa que debíamos tener con tan solo ocho o nueve años nos convirtiera de hecho en mujeres. ¡Cuántas veces soñé con un vestido de volado y puntillas, cintas en mi cabello, un muñeco de trapo con ojos móviles! Pero aquel pueblo sabía de remiendos, de retazos, de remaches, de repuestos, de trastes deteriorados que pasaban a "hacer de". Solo debía cumplir con mis deberes, por ser casi la mayor de mis ocho hermanos. Y así llegaba, cada día, después del colegio, orgullosa, frente a mi madre, que nuevamente traía un vientre lleno de vida. Aún la veo, con el trasfondo de su mirada triste, pero en la boca la

firmeza de las mujeres fuertes, mujer coraje. Yo sé que mamá me consideraba su aliada, su confidente de silencios, su respaldo inquebrantable. Supe siempre que sería como ella, fuerte e indoblegable, aunque la angustia le ganara cuando la noche se hacía más oscura. Cada amanecer le daba más fuerza, más coraje, más valor, para animarse a sentir nuevamente que aún estaba viva y su corazón palpitante.

¡Ah, qué ingenuo el imaginario de la gente del pueblo, que se ganaba día de pan con día de sudor! La esperanza puesta en otros y en el Dios de la iglesia era lo que los salvaba de sí mismos. Seguramente si la hubiesen puesto en ellos, el raciocinio hubiera sido suplantado por el instinto de supervivencia, de ellos y de los suyos. Y en esas circunstancias, seguro la historia no sería la que estoy contando.

Mirando por la ventanilla me perdía en estas cavilaciones, sin mirar quién iba a mi lado, viendo el agua rodar por el cristal de aquel viejo ómnibus que tres veces por semana iba hacia la capital en un horario absurdamente civilizado. El agua corría por el riel inundado de las desvencijadas ventanillas, como no podía correr por mis mejillas. Tantas veces lo había hecho los últimos tres años, que se había secado mi fuente de lágrimas. Sentía como un nudo fuerte y profundo se había apoderado de mi garganta sin poder soltar ya nada que pudiera hacerme daño. Las dos veces que viajé a la capital fue de noche. Partía a la noche y arribaba cerca del mediodía. Las dos veces salí con hambre y llegué con más hambre. Pero la segunda vez volví con hambre de cobijo, de ternura, de cuidado y de silencio también.

Recordaba a mi madre, redonda y esperanzada, cuando la vi la última vez. Por última vez. Había un brillo especial en su mirada, y un ten fe que todo estará bien para ti. Mamá. Qué suerte tuviste de haberte ido para no verme volver así, toda apocada. Qué suerte tuviste de no ser tú la que acudiera en mi auxilio. Porque no hubiera resistido ver mi dolor acrecentando el tuyo, madre mía.

Al llegar al pueblo, busqué sus cosas. Busqué su mirada, su regazo, sus niños, pero no estaban. Mis hermanos ya eran considerados adultos, por lo que habían emigrado a trabajar en el campo; mis hermanas en el tránsito (breve) que fue su adolescencia, me observaban con curiosidad como a una forastera. Estaba sola. Nuestra alma mater, nuestra guía, se había ido demasiado pronto hacia un sitio más bondadoso. Los pequeños habían sido adoptados por una extensión obligada de la familia, rotulados con la palabra gracias y olvido, de lo que nunca pudo ser y de lo que ya no sería.

Mi estadía en aquella ciudad había sido, en el mejor de los casos, una pesadilla en soledad, angustia e impotencia en el momento en que las pasiones, la libertad y las fantasías comenzaban a gestarse en mi interior, como la semilla que comienza a despertar antes de brotar buscando el sol. Así es que se quedaron esos sentimientos, atrofiados dentro de mí, marcando un rictus en mis labios que no siempre puedo disimular.

Pero pasó el tiempo, y el sol y el campo añorados comenzaron a calmar mi angustia. Y entonces agradecí. Agradecí sonriente el esfuerzo de quien me rescató del infierno y más adelante saldé la deuda con honor filial. La vida me regaló esa oportunidad. De todas formas, no era la figura que más necesitaba la de mi padre, pero me tendió la mano. Él nunca había estado antes. Solo mamá estaba con los hijos. De mañana, de tarde, de noche, toda la vida. Siempre. Por eso el dolor era hondo, e incurable. Necesitaba el abrazo de mi madre que ya nunca podría recibir.

Así, solo con la imagen que me devolvía el espejo, tuve que volver a reconocerme, sin la mirada aprobadora o demandante de ella que se había ido inesperadamente. Comprendí entonces que yo estaba entera y sobre mis pies lastimados me erguí como una dalia que busca la luz. Me miré al espejo, me sonreí y me di cuenta de que aún no habían podido vencerme. No podrían vencerme, porque había heredado la fuerza de quien solo se fue luego de gestar once vástagos.

Supe que valía mucho más que aquellos que me habían humillado, vejado porque creían tener poder sobre los demás. Eran carcazas vacías de sentido, llenas de miseria, mezquindad e insuficiencia que me habían alejado de mi hogar. Entonces, me sentí grande. Y comencé a brillar. Brillé como una estrella en el firmamento, como Venus en el atardecer a la orilla del río. Así me sentía, porque necesitaba ser como el ave fénix, para resurgir.

De esa manera pude dimensionar mi poder, y con él traer lo que había deseado para mí. Me rodeé de admiración, alegría y entusiasmo, y cubrí mis heridas con hierbas buenas que salí a buscar. Perfeccioné mi costura. Confeccioné con esmero y vocación el vestido que había deseado para mí. Me perdí en los estampados como si entre macachines, en el campo estuviera. Me extravié en las costuras como alambrados interminables que dividían el verde de las praderas. Y frente al sol que entraba a raudales por la puerta, viajaba contenida en la locomotora segura de la vieja Singer, atravesando mil vidas de novela sobre el prensatelas.

Las lecturas por la tarde de románticas historias me devolvieron la esperanza en un futuro inflamado de entusiasmo juvenil. La energía de mis años me proveyó de nombre y honor nuevo. La habilidad de mis manos, una pequeña fortuna.

Así conocí la alegría en persona, que trajo música alrededor y me acompañó durante muchos años trayendo nuevas luces y otras sombras. La calidez de mi ánimo me regaló niños que llenaron mi casa, mi corazón y todos los rincones de mi mundo. Entonces comprendí que tenía poder no solo para hacer mi vida, sino poder en la vida de todos los que me rodeaban. Les conté historias y les di alas en su imaginación.

Me propuse aprender más para dar lo que no sabía que tenía. Y así lo fui descubriendo, y entregando y dejando partes de mí en cada retoño. Amé y fui amada más de lo indecible. Sembré y coseché. Di a luz y amamanté. Creé, bordé, corté, cosí, tejí, fabriqué, rehíce y enseñé. Corregí, alenté, y compartí. Y todo eso fue asimilado como los nutrientes que me habían faltado.

La tarea que asumí la elegí consciente. Quise llevar al extremo, llenar el cuaderno de tareas incompletas que había heredado. Supe elegir lo mejor para mí, con sus luces y con sus sombras, como cada elección. Pero esta, fue mi elección. Como el tejido que tengo entre mis manos, tejo la trama de mi vida. Le pongo los colores que deseo y elijo el punto que quiero.

Y ahora contemplo satisfecha mi tarea. Ahora, que mis hijos e hijas han volado del nido, estoy tranquila cuidando de mi huerto y mi hacienda, viendo cómo se renueva la vida cada día, con cada nacimiento y con cada muerte. Nace un fruto, muere una flor; muere un árbol, crece el fuego que me calienta en los fríos días del invierno... Y cada mañana que el sol sale un poco más al sur, se anuncia la primavera que trae consigo el renacer de la vida.

Gabriela Ferrez: Nací en un pintoresco pueblo del interior profundo del Uruguay en el seno de una familia numerosa y muy humilde. La lectura fue desde mi infancia el lugar que me gustaba habitar. Buscando nuevos horizontes emigré en mi juventud hacia la capital, luego de formarme como profesora de Lengua y Literatura en Enseñanza Secundaria. En Montevideo, ejercí la docencia en diversos liceos, y me gradué como Licenciada de Ciencias de la Comunicación en la Universidad. No conforme aún, ingresé en la Escuela Nacional de Bellas Artes donde interrumpí mis estudios por mi avanzado estado de embarazo. Fue la maternidad lo que reavivó en mí el placer de crear historias, a la vez que me animó a retomar el ejercicio de la lectoescritura.

ÍNDICE

Jacqueline Oliver y Barbara Pregelj
Breda Smolnikar: un puente hacia *Mujeres fuertes* *5*

Paula Romani (Argentina): **Nena** *9*

Baltasar Cordero Tamez (México): **Resiliencia De Mujer** *17*

Sofía Raquel Fernández Casablanca (Paraguay): **La Morena** *23*

Harol Gastelú Palomino (Perú): **María Palomino Ceras** *29*

Gabriela Ferrez (Uruguay): **Como La Primavera** *35*

Mujeres fuertes: relatos testimoniales de Argentina, México, Paraguay, Perú y Uruguay.

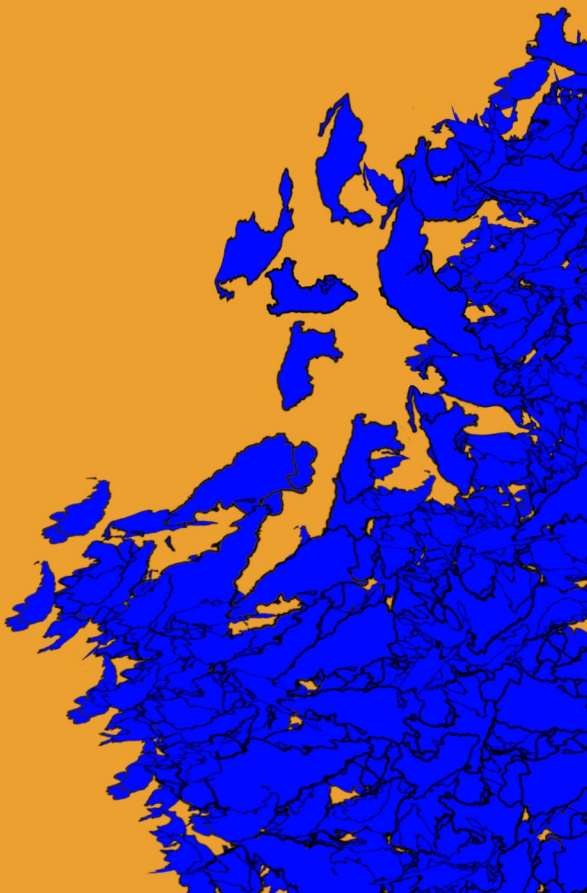
Edición: Barbara Pregelj y Jacqueline Oliver
Textos: Paula Romani, Baltasar Cordero Tamez, Sofía Raquel Fernández Casablanca, Harol Gastelú Palomino, Gabriela Ferrez

Prólogo: Jacqueline Oliver, Barbara Pregelj

Revisión de estilo: Jacqueline Oliver

Diseño: Francisco Tomsich

Edición de: Založba Malinc, Medvode, 2025
Para la editorial: Aleš Cigale

Libro electrónico, 2025

Kataložni zapis o publikaciji (CIP) pripravili v Narodni in univerzitetni knjižnici v Ljubljani
COBISS.SI-ID 236181251
ISBN 978-961-7235-11-1 (PDF)